

CULTURA



UN PASEO POR LA ÉTICA ACTUAL

ALFREDO MARCOS - CARLOS JAVIER ALONSO



ALFREDO MARCOS
CARLOS JAVIER ALONSO

UN PASEO POR LA ÉTICA ACTUAL

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autores: Alfredo Marcos - Carlos Javier Alonso
© Digital Reasons, 2020
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16 - 28030 Madrid (España)
Diseño de cubierta e interior: Enrique Chuvieco.
Imagen “funambulista”.

ISBN: 978-84-121209-2-9
Depósito Legal: en trámite. Segundo trimestre.

Ficha bibliográfica: Marcos, Alfredo - Alonso, Carlos Javier
(2020): *Un paseo por la ética actual*. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y está libre de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Introducción.....	5
2. Los mapas de la ética	13
2.1 Ética y moral.....	13
2.2 La cartografía estándar.....	16
2.3 La cartografía de MacIntyre	17
2.4 Conclusión.....	41
3. Bases para una ética actual.....	45
3.1 Bases antropológicas	46
3.2 Bases ontológicas	74
3.3 Bases epistemológicas	77
3.4 Conclusión: una ética de la virtud	91
4. Debates éticos contemporáneos	105
4.1 El lugar de la técnica en la vida humana	106
4.2 La ideología de género	116
4.3 Dignidad, autonomía y dependencia	126
4.4 Algunas cuestiones clásicas de bioética en su forma actual.....	150
4.5 La cuestión de la sostenibilidad.....	166
4.6 La cuestión animalista	181
4.7 Resumen conclusivo.....	200

Epílogo de circunstancias	205
Referencias	209

1. INTRODUCCIÓN

Al parecer las galaxias se están distanciando unas de otras. En el seno de las mismas surgen y desaparecen estrellas y planetas. En el nuestro, las mareas se suceden, la lluvia se desploma sobre el suelo que los volcanes cubren de vez en cuando con lava y ceniza. Las plantas brotan y se marchitan, se relevan las generaciones de los animales y cada cual come y es comido. Ninguno de estos agentes se preocupa por la bondad o maldad de sus movimientos. Ninguno se plantea y replantea sus criterios de acción. Y, sin embargo, cada ser humano lo hace antes de mover un dedo. Y después de haberlo hecho.

Nuestra acción, a diferencia de lo que sucede con el resto de los movimientos que ocurren en el universo, incluye un componente moral. El mero hecho de mover un dedo implica fuerzas físicas, predisposiciones genéticas y neuronales, incluso convenciones sociales y proyecciones de resultados, sea este el dedo de un lémur o el de un humano. Pero, el humano no podrá evitar preguntarse además por el sentido de sus movimientos, en la medida en que constituyen acciones, y por la bondad o maldad de estas. No pretendemos ahora explicar por qué es así, sino simplemente constatar que en efecto es así: el ser humano es un ser moral.

Demos un paso más. Un ser moral no solo sigue criterios morales, sino que los capta, entiende o vislumbra, los intuye, los crea, los revisa, los somete a consideración... Ser moral implica ser reflexivo respecto de la propia moral. Hasta un autómatas, como por ejemplo un coche sin conductor, puede seguir normas «morales» (no atropelles a los peatones, aunque tengas prioridad de paso, por ejemplo), pero no reconsidera las mismas ni les busca sentido, por lo tanto, no es un ser moral. Las normas que sigue son morales solo en la medida en que dependen de un ser moral (el diseñador, el propietario, el usuario...), que sí puede reconsiderarlas. O sea, el ejercicio de reflexión sobre la moral es parte de la moral misma y lo hacemos todos espontáneamente, en uno u otro momento de nuestras vidas. Pero la filosofía, desde hace siglos, se ha ocupado de hacerlo de modo más sistemático e informado. Ha ido generando así un cuerpo de conocimiento que denominamos filosofía moral o bien simplemente ética.

La ética, como vemos, es una disciplina filosófica. Pero nos interesa a todos, pues puede iluminarnos en la tarea de reconsideración de nuestra moral. Y, en la medida en que puede ayudarnos a construir nuestra moral, puede ayudarnos también a ser mejores. Es imprescindible, pues, que desde el ámbito de la filosofía hagamos un esfuerzo de comunicación, de divulgación, de unos saberes éticos que pueden contribuir a hacernos mejores personas y, en conjunto, a mejorar la vida humana.

Por otro lado, la sofisticación de la ética, como disciplina académica, puede servir también para dar presunta justificación y amparo a cualquier tipo de disparate moral. Si la ética se remonta a los paseos de Sócrates por Atenas, de la misma época data la sofística. Bien podría decirse que hay actos y normas tan abierta

y descaradamente contrarias a la moral, que solo un especialista en ética sería capaz de hacerlas pasar por decentes. Pensemos en las filigranas academicistas que hacen falta para blanquear la eliminación de millones de seres humanos en el vientre materno, o para justificar algunas guerras. Por todo ello, la divulgación de la ética se hace imprescindible. No solo como herramienta de mejora personal, sino también como medida defensiva contra una parte de lo que se produce bajo el rótulo de «ética». Paseemos, pues, en compañía de Sócrates y no de los sofistas.

Una vez elegida la compañía, deberíamos proveernos de un buen mapa que nos oriente a través del mundo de la ética. En el capítulo 2, presentamos a la consideración del lector un par de ellos. La cartografía estándar de la ética actual divide la misma en tres territorios. El primero lo ocupa la ética deontológica, de raíz kantiana, y sus múltiples variantes. En el segundo viven la ética consecuencialista, también conocida como utilitarista, y sus no menos numerosos subgéneros. El tercer territorio —por lo que se ve, en plena expansión— ha venido a ser ocupado por la ética de la virtud, que también ha empezado inmediatamente a ramificarse en diversas versiones. Pero no es este el único mapa posible.

El pensador escocés Alasdair MacIntyre sugiere otro. Según él, tendríamos tres territorios éticos, el de la Enciclopedia, el de la Genealogía y el de la Tradición. Aproximadamente, el primero albergaría tanto a deontologistas como a utilitaristas, todos ellos modernos, al fin y al cabo, el segundo daría morada a los nihilistas o deconstructivistas posmodernos de diversa especie, mientras que en el tercero se habrían instalado los seguidores de venerables tradiciones premodernas más o menos puestas al día. En el primero se rinde tributo

a Kant, Bentham y Mill; el segundo tiene a Nietzsche como referente máximo; el tercero a Aristóteles y a Tomás de Aquino como patronos. Podemos ahora elegir mapa y comenzar el paseo. ¿Nuestro consejo? Si no quiere perderse, fíese de MacIntyre.

En el capítulo 3, nos fijaremos en la atmósfera por la que transcurrirá nuestro paseo. La ética necesita una cierta atmósfera metafísica para respirar. Hay quien piensa que la ética consiste solo en una serie de procedimientos consensuados de decisión moral. Si fuese así, no requeriría una atmósfera metafísica específica. Lo cual, en principio, parecería una ventaja. Así, las discrepancias metafísicas no afectarían al consenso ético. Pensemos lo que pensemos respecto del mundo y del ser humano, quizá podríamos llegar a ciertos acuerdos éticos de mínimos que nos permitiesen, si no convivir, al menos coexistir. Pero esto no pasa de ser una vieja leyenda de inspiración kantiana. Según Kant, la ciencia empírica habría emprendido, en sus días, el camino seguro hacia el conocimiento, mientras que la metafísica, para escándalo de muchos, sería como una especie de gallinero alborotado por el disenso irreductible. No es extraño que Kant pensase así, dado el contexto cultural de su época. Pero hoy sabemos que no hay más disenso en metafísica del que existe en ciencia (o en ética). No se puede aspirar en ningún ámbito del conocimiento humano a la certeza absoluta ni al consenso exhaustivo. Tendremos que seguir adelante con nuestro conocimiento falible y tomar, en función del mismo, las mejores decisiones que estén a nuestro alcance. Esta lección de humildad intelectual no va dirigida solo a la metafísica, sino también a las ciencias. Con todo, no tendría sentido pedir que dejásemos de hacer ciencia, como no lo tiene pedir que renunciemos a la investigación metafísica. Además, renunciar a una

atmósfera metafísica respirable en aras del consenso moral nos lleva, como sabemos por experiencia, a perder ambos. O bien, a reemplazar la legítima aspiración a un consenso libre en la verdad, por la imposición de un consenso forzado gracias a la propaganda.

Trataremos, pues, de identificar cuál es la atmósfera metafísica más hospitalaria para el florecimiento de la ética. A nuestro parecer, dicha atmósfera vendrá caracterizada por una antropología de la persona y de la naturaleza humana, por una ontología pluralista del ser y por una epistemología prudencial. En este ambiente metafísico tal vez se dé bien la ética, y, en especial, la línea de pensamiento moral que nosotros vemos como más verdadera y promisoria, a saber, la ética de la virtud.

Por último, el capítulo 4 está dedicado a escrutar los elementos del paisaje, es decir, los problemas morales más conspicuos que vamos encontrando a lo largo de nuestro paseo. No es un listado exhaustivo de las cuestiones morales contemporáneas. De ninguna forma podría serlo, pues son numerosísimas. Pero sí intentaremos plantear algunas de las más significativas para nuestra vida actual. La posición adecuada de la técnica en la vida humana es una de ellas (4.1.). La cuestión de la técnica se hace especialmente acuciante cuando tenemos ya, sobre la mesa, propuestas antropotécnicas encaminadas a mutar la propia naturaleza humana. Además, el debilitamiento de este último concepto, el de naturaleza humana, está también en el sustrato de la llamada *ideología de género* (4.2.), para la cual cada ser humano puede prácticamente configurarse a su gusto, y según sus preferencias, sin tener en cuenta el dato biológico. Y lo que es más, puede imponer sobre los demás sus propias percepciones, por subjetivas que sean, amparándose en la fuerza coercitiva del Estado.

Analizaremos también el ataque que se está produciendo a la idea de dignidad humana (4.3.), la cual ha funcionado, al menos desde la Segunda Guerra Mundial, como el último baluarte de los derechos humanos. La idea de dignidad está hoy, sin embargo, en cuestión. Por un lado, hay quien pretende debilitarla, con el riesgo de que vuelvan a quedar a la intemperie precisamente las personas más vulnerables y dependientes. De modo concurrente, se quiere estirar y deformar la idea de dignidad hasta que pueda cobijar bajo su protección también a los animales no humanos.

En este recorrido por las cuestiones éticas actuales no podía faltar alguna referencia a los temas más clásicos de la bioética (4.4.), pero presentados desde una perspectiva actual, que evita deliberadamente el planteamiento dilemático para buscar salidas nuevas a problemas que parecían bloqueados. Nuestra sugerencia aquí es que interpretemos las cuestiones bioéticas no como dilemas que nos obligan a elegir entre dos respuestas inadecuadas, sino como retos a la creatividad y a la laboriosidad humanas.

Abordaremos, por último, dos ámbitos de problemas que han cobrado una presencia eminente en el debate actual. Nos referimos a las cuestiones éticas relacionadas con el trato que damos a la naturaleza en general y a los animales en particular. Aceptamos en lo primero la aplicación de principios precautorios, pero con la conciencia de que estos remiten, en última instancia, a la virtud aristotélica de la prudencia y a una cierta concepción de la felicidad humana. Dicho de otro modo, sin un enfoque prudencial y una idea clara de lo que es la felicidad humana, de nada nos sirve la apelación a la sostenibilidad (4.5.). En cuanto a los animales (4.6.), nos parece obligado el reconocimiento de su valor inherente y

no solo instrumental. Del mismo modo, entendemos que dicho valor es gradual y debe ser claramente distinguido de la dignidad que poseen todos y cada uno de los seres humanos.

El presente libro se basa en materiales presentados por los autores y sometidos a crítica en varios foros, como clases, congresos y conferencias, así como en los capítulos y artículos citados entre las referencias bibliográficas. Aparecen aquí integrados en una sola línea argumental, revisados y adaptados.

2. LOS MAPAS DE LA ÉTICA

2.1 Ética y moral

Si atendemos a la etimología de la palabra moral — del latín *mos/moris*: costumbre—, advertiremos que su significado no difiere mucho del término griego *ethos*. En este sentido, no habría inconveniente, en principio, en asimilar ética y moral. Pero, más allá de esta semejanza etimológica, a lo largo de la historia ha sido frecuente emplear el término «ética» para referirse a la ciencia que estudia lo moral, es decir, a la «ciencia de las costumbres». Esta asimilación de la moral con las costumbres y de la ética con el estudio filosófico de las mismas subyace todavía en dos de las obras éticas de Kant: *Metafísica de las costumbres* y *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. La situación, sin embargo, ha cambiado tanto, que hoy día la etimología resulta insuficiente. Así, hablar hoy de «ciencia de las costumbres» resulta confuso.

Para distinguir entre ética y moral en sus acepciones actuales, comenzaremos observando que la perspectiva moral es la de la primera persona. La moral siempre es de una persona concreta. En efecto, solo por abstracción

podemos hablar de la moral de un pueblo, de una nación, de una sociedad, de una clase o de un colectivo... Así, mi moral será el conjunto de los hábitos, costumbres, disposiciones, actitudes, valores, ideales de vida, patrones de conducta, modelos ejemplares, criterios, emociones, intuiciones, consejos, recomendaciones, máximas, tradiciones, normas (códigos, leyes, principios, preceptos, mandatos, prohibiciones...), con los que cuento para decidir mi acción.

No obstante, la reflexión nos permite cultivar unos hábitos u otros, utilizar nuestras emociones o las normas que nuestra sociedad nos propone sin ser esclavos de las mismas. Nos permite, en definitiva, preservar y desarrollar nuestra libertad, sin la cual no hay auténtica moral. Es decir, un ser moral es, al mismo tiempo, un ser que revisa su moral, de lo contrario no hay tal moral, sino pura esclavitud de la norma o del hábito o de la tradición.

En continuidad con lo dicho, la ética no es algo radicalmente distinto de la moral, sino el desarrollo reflexivo y crítico, hasta un nivel filosófico, de las preguntas morales que todos nos hacemos¹. En este sentido, uno de los más importantes filósofos contemporáneos, Alasdair MacIntyre, afirma:

Al formular cierto tipo de preguntas morales con suficiente insistencia quizá se descubra que no podemos contestarlas hasta que hayamos formulado y contestado

-
1. Moral no significa lo moralmente bueno, sino lo que pertenece al campo de la moral. 'Ética' designaría, por contra, una disciplina filosófica. Empleamos la palabra ética como la investigación filosófica del campo de la moral; es la disciplina filosófica que busca la fundamentación de la moral». (Ricken, 1987:17). En términos parecidos se expresan Cortina y Martínez Navarro (1996:21) y Pieper (1991:24).

ciertas preguntas filosóficas. Un descubrimiento de este tipo proporcionó el impulso inicial a la ética filosófica en la sociedad griega. (MacIntyre, 1970:15).

Para acabar de caracterizar la ética, debemos añadir otros tres rasgos. La ética es una parte de la filosofía que trata acerca del bien y del mal y que se desarrolla en continuidad con la reflexión moral. Gracias a esa continuidad, la ética tiene *valor normativo*. Es decir, sus conclusiones hacen que mantengamos o modifiquemos nuestras orientaciones morales, y así debe ser. La ética no es una mera descripción de lo que cada uno o cada sociedad considera bueno o malo. Por ejemplo, nadie tiene por qué aceptar la obligación de llevar un velo en el rostro por el mero hecho de que la mayor parte de sus conciudadanos la acepte. Este es un dato sociológico sin valor normativo. Si la sociología me informase de que alguna de mis orientaciones morales es mayoritariamente rechazada, este sería un motivo para reflexionar, pero no la razón para cambiarla.

La ética tiene que ver con los sentimientos y las emociones, pero no se reduce a eso; posee también una *base racional*. Se puede argumentar acerca del bien y del mal de nuestras acciones y también de nuestros criterios morales. De esto se ocupa la ética, de la base racional de la moral, lo cual no excluye, sino que integra, lo emocional.

Y, por último —aunque quizá sea lo más importante—, la ética es una disciplina práctica: según afirma Aristóteles en *Ética a Nicómaco*, estudiamos ética no por puro interés especulativo, sino porque queremos hacernos mejores.

2.2 La cartografía estándar

Para entrar en la ética contemporánea necesitamos un mapa de la misma. Existen diversas cartografías. Expondremos dos: la que podríamos considerar estándar y la que propone Alasdair MacIntyre. Consideramos que esta segunda presenta notables ventajas, como iremos exponiendo.

El mapa estándar de la ética actual refleja la existencia de tres continentes principales (además de otros territorios menores), el deontologista, el utilitarista y la ética de las virtudes. El deontologismo se inspira principalmente en Kant, el consecuencialismo o utilitarismo en Bentham y Mill. Según el primero, toda acción humana ha de ajustarse al dictado del deber, con independencia de las consecuencias que puedan darse. El segundo pone el énfasis precisamente en las consecuencias. Serán estas las que orienten la acción, que habrá de buscar siempre la mayor utilidad. Cada una de estas dos perspectivas tiene sus ventajas y sus inconvenientes, que ahora no podemos analizar. Lo interesante es que comparten algunas características notables. Las dos cobraron vigencia durante los tiempos modernos y compartieron en esta época la hegemonía sobre los estudios éticos. Ambas coinciden en su carácter abstracto y universalista, es decir, ambas intentan aportar normas universales abstractas para orientar la conducta moral. Están, en este sentido, desligadas del drama de la vida moral y de las circunstancias concretas en que se desarrolla; prestan poca atención al agente moral, a su contexto histórico, a las tradiciones en las que se forma, a la comunidad en la que se ubica; se dirigen más al raciocinio abstracto que a la totalidad de la persona,

con lo cual aportan pocas motivaciones efectivas para la acción.

Frente a estas deficiencias, se ha alzado recientemente la ética de la virtud que es, en cierto sentido, más antigua que las dos anteriores, pero en otro sentido mucho más actual. Las raíces de la ética de la virtud hay que buscarlas en la filosofía griega, y muy especialmente en la obra de Aristóteles. Pero en sus versiones más actuales, la ética de la virtud cuenta ya con las posiciones modernas, debate con ellas, las integra e intenta ir más allá de las mismas. Se puede decir, pues, que es una forma de pensamiento posterior a la modernidad, con hondas raíces en la tradición filosofía antigua y medieval, y en permanente diálogo colaborativo con las ideas propias de la modernidad.

2.3 La cartografía de MacIntyre

Alasdair MacIntyre Chalmers nació en Glasgow (Escocia) en 1929. De formación presbiteriana, estudió lenguas clásicas y Humanidades en Londres. Pronto su obra se focalizaría en las cuestiones éticas, como se advierte ya en el título de su Tesis doctoral *El significado de los juicios morales*, defendida en 1949 en la Universidad de Manchester y en continuidad con la tradición anglosajona de Filosofía analítica. En 1951, inicia su actividad docente en Manchester y la prosigue en las universidades británicas de Leeds, Oxford y Essex hasta 1970. Ese año se asienta en Estados Unidos como Profesor de Historia de las Ideas en Waltham (Massachussets). Frecuenta luego las Universidades de Boston, Notre Dame (Indiana) y Duke (Carolina del Norte), entre otras. Desde el año 2000, reside en Notre Dame como Permanent Senior Research Fellow en el Center for Ethics and Culture.

MacIntyre es conocido no solo por su contribución a la moral y la filosofía política, sino también por su trabajo en la historia de la filosofía y la teología. Su escrito titulado *Tras la Virtud* (1981) es reconocido como una de las obras más importantes de la filosofía política y moral en el siglo XX. El filósofo escocés es una figura clave en la ética de la virtud. Según su enfoque de la filosofía moral, el juicio de un individuo nace del desarrollo del carácter.

Su libro, *Tres versiones rivales de la ética* (MacIntyre, 1990) se considera un poderoso revulsivo para salir del actual punto muerto en que se encuentra la investigación moral y también de la confusión que se percibe en la calle. Mientras que se reconocen los progresos en las ciencias naturales, en la economía y en las técnicas, en filosofía —más particularmente en moral— ni siquiera hay criterios compartidos para saber si se progresa. En su obra *Tras la virtud*, MacIntyre ya había anticipado un diagnóstico: vivimos de las rentas del aristotelismo, pero sin su inspiración fundamental. Conservamos unas normas morales heredadas, que ya no sabemos justificar.

En *Tres versiones rivales de la ética*, el filósofo escocés ahonda más en la historia y en las raíces del desconcierto. Traza aquí su mapa de la ética actual. Para él, los tres principales territorios de la misma están ocupados respectivamente por la Tradición, la Enciclopedia y la Genealogía. Esta última cartografía tiene evidentes connotaciones históricas, lo que MacIntyre llama Tradición, consiste en una serie de ideas y prácticas procedentes de la Antigüedad, pero con enorme vigencia y vitalidad actual. El rótulo *Enciclopedia* reúne ideas de origen moderno que también permanecen activas hoy. Por último, la *Genealogía* remite a lo que se suele denominar posmodernidad.

No es extraño que, para comprender el mapa actual de la ética, tengamos que echar un vistazo a su historia. MacIntyre lo expresa así: «La ética se escribe a menudo como si la historia del tema solo tuviera una importancia secundaria e incidental». (MacIntyre, 1990:11) La verdad es que en pocos terrenos la perspectiva histórica aporta tanto y es tan necesaria como en ética. Tanto la moral como la ética filosófica son viejas realidades históricas, que se han ido haciendo a lo largo del tiempo. La primera tiene tanta antigüedad como la humanidad misma, la segunda se remonta al menos a los días de Sócrates. Los textos homéricos, el *Libro de los Muertos*, el *Poema de Gilgamesh* o el *Antiguo Testamento*, recogen los ecos de venerables tradiciones orales repletas de enseñanza moral que parecen hundir sus raíces en un fértil solar milenario. Y sabemos que, al menos desde Sócrates, los seres humanos comenzaron a preguntarse de modo filosófico sobre la naturaleza del bien.

a) *Una tradición viva*

Lo que MacIntyre llama *Tradición* se remonta al menos a Sócrates y llega hasta hoy. Con todo, no cabe duda de que un pensador clave en la misma es Aristóteles, de modo que a veces la Tradición puede casi identificarse con la tradición aristotélica, que se remite a los escritos de Aristóteles (384-322 a. C.). Su filosofía moral se expone básicamente en un libro, la *Ética a Nicómaco*, que «sigue siendo reconocido —afirman Adela Cortina y Emilio Martínez— como una de las obras cumbre de la filosofía moral» (Cortina y Martínez, 1996:58). Lo importante de la afirmación que se cita es el «sigue siendo». La filosofía moral de Aristóteles se ha prolongado hasta nuestros días como una tradición viva.

La ética aristotélica no es un conjunto abstracto de normas elaboradas al margen de la vida moral, sino una reflexión filosófica sobre la acción humana tal como es, y sobre sus aspectos morales. Aristóteles no pretende inventar una moral nueva desde la razón filosófica, sino aclarar los problemas morales concretos. Su punto de partida es el siguiente: «Todo arte y toda investigación, toda acción y elección parecen tender a algún bien» (*Ética a Nicómaco* [en adelante, EN] I, 1, 1094a).

A poco que reflexionemos, nos damos cuenta de que cuando alguien hace algo o elige algo, cuando practica un arte o una técnica o investiga, siempre busca algún bien. Quien fabrica unos zapatos quiere realizar unos buenos zapatos. No tiene mucho sentido realizar una actividad intencionadamente mal. Incluso cuando eso parece ocurrir, lo que sucede en realidad es que estamos haciendo otra cosa. Así, alguien puede llevar un negocio decididamente mal, pero a través de ello seguramente que busca algo que le parece más importante y mejor; por ejemplo, puede estar utilizando el negocio como tapadera de otras actividades que son a las que realmente se dedica. Como se ve, el bien que se persigue con cada acción no tiene por qué ser bueno desde el punto de vista moral.

Lo que sucede con estos bienes parciales es que no son bienes últimos. Es decir, uno quiere fabricar unos zapatos para venderlos o para caminar con ellos, y quiere venderlos para obtener un dinero con el que comprar algo, o quiere caminar para mejorar su salud... La cadena no puede ser infinita, pues, de serlo, nunca nos pondríamos a hacer nada, pues no alcanzaríamos, en un tiempo finito, a ver cuál es el fin de nuestra acción, con lo que quedaríamos sin motivación para ponernos manos a la obra. Pero, ¿dónde acaba esta cadena?, o sea ¿cuál es el fin, y por lo tanto el bien, de todas nuestras acciones, de nuestra vida

como un todo? Aristóteles responde —y no se aleja mucho de lo que dirían la mayor parte de las personas— que el fin de la vida es la *felicidad*.

Ahora toca responder a la auténtica «pregunta del millón»: ¿y qué es la felicidad?, pues parece que cada cual la entiende a su manera. Aristóteles piensa que cada ser tiene su función y que se realiza plenamente cuando la cumple. Incluso cada persona tiene varias funciones sociales. Uno es un buen profesional o un buen hijo cuando cumple bien su función como tal. ¿Habrá una función propia del ser humano como tal? Si la hay, entonces la felicidad consistirá en el mejor cumplimiento de esta función.

Aristóteles despliega aquí una antropología muy realista. El ser humano es «inteligencia deseosa o deseo inteligente» (EN 1139b 4-6)². La adecuación de los dos polos (intelecto y deseo) debe realizarse por integración, sin que ninguno de los dos sufra violencia para adecuarse al otro, pues en ese momento el hombre se estaría haciendo traición a sí mismo, estaría dejando de ser auténtico, verdadero.

Pues bien, si el ser humano es inteligencia deseosa o deseo inteligente, entonces la función del ser humano

-
2. Muchos filósofos modernos, incluso racionalistas, al definir al ser humano «olvidaron» la parte intelectual o racional. Así, Espinosa dice que el ser humano es esencialmente deseo (cupiditas est ipsa hominis essentia), y Hume que «la razón es y debe ser solamente la esclava de las pasiones, y no puede pretender otra misión que el servir las y obedecerlas» (1988, sección 2.3.3.). Otros, en la línea kantiana, han querido trazar una ética al margen de la naturaleza animal del ser humano, fijándose solo en el aspecto racional del mismo. La tradición aristotélica, en cambio, tiende siempre a la integración de los diversos aspectos del ser humano, sin negación de ninguno de ellos.

será el cumplimiento inteligente de los deseos de un ser inteligente, es decir, dotado de razón. Y uno de dichos deseos es el de conocer, el de alimentar la inteligencia. Pero hay más: el deseo de convivir (el ser humano es «animal político»), de tener familia, amigos, conciudadanos, y el deseo de un cierto bienestar. Una vida, en general, dotada de un bienestar moderado, en compañía de seres queridos y con tiempo suficiente para el cultivo del conocimiento, sería para Aristóteles una vida cumplida, feliz. Pero, téngase en cuenta, que el cultivo del conocimiento, la convivencia y el bienestar, no son medios exteriores al fin que buscan, la felicidad, sino la forma concreta en que esta se realiza, son el contenido de la felicidad. Son medios solo en el sentido de que son partes de la misma, como las partes de un viviente son sus órganos.

¿Alguna receta para alcanzar semejante tipo de vida feliz? Pues, no exactamente. Pero, Aristóteles recomienda el desarrollo de hábitos virtuosos bajo la guía de la prudencia, que es una virtud (y por lo tanto un hábito) a medio camino entre el deseo y el intelecto, es decir, una virtud intelectual. La prudencia es nuestra guía en la tarea de construir, de crear el justo medio, el lugar de la virtud, y de huir de los excesos. Así pues, la ética no se resuelve en una serie de frases, no es una entidad principalmente lingüística, sino que se expresa y encarna en una *forma de vida* conforme a la prudencia.

Aquí hay que introducir un par de advertencias. En griego, se dice *eudaimonía*, y nuestra traducción por «felicidad» en cierta medida nos confunde, porque para Aristóteles la *eudaimonía*, más que un estado en el que me encuentro, es una actividad que realizo, una actividad que tiene su fin en sí misma. Si preguntamos «¿y para qué quiero ser feliz?», la respuesta más sensata sería: pues

precisamente para eso, para ser feliz. Es la actividad que querríamos seguir haciendo siempre.

Cuando me desplazo, deseo llegar a un lugar distinto del que ocupo ahora, y cuando lo alcanzo, he logrado el fin y el movimiento cesa. Muchos de nuestros movimientos son de este tipo, buscan un fin y se extinguen con la consecución del mismo. Pero, cuando veo, puedo desear seguir viendo, no viendo algo en particular, sino sencillamente viendo, porque la actividad de ver se justifica por sí misma; cuando pienso, puedo desear seguir pensando; cuando amo, seguir amando; y cuando soy feliz, seguir siéndolo. Este tipo de actividades se buscan a sí mismas, y, por lo tanto, su ejecución no tiene por qué cesar cuando han logrado su fin, porque el fin que buscan es seguir ejecutándose.

De este tipo es la felicidad. Lo que sucede es que palabras como «visión» o «pensamiento» dan en español la idea de una acción, mientras que «felicidad» nos sugiere un estado. Nos podemos hacer una idea de lo que quiere decir *eudaimonía* si lo traducimos por «realización» o «autorrealización», aunque dado el uso que se ha hecho de esta palabra, ya suena irremediabilmente cursi. Nos quedamos, pues, con «felicidad», pero está hecha la advertencia.

Y todavía hay que advertir algo más: la *eudaimonía* es la buena vida y la vida buena. En español, solemos entender por «buena vida» una vida satisfactoria, plena, de realización y prosperidad. A veces, incluso empleamos la expresión de un modo entre burdo e irónico cuando decimos cosas como «darse la buena vida». Por otra parte, por «vida buena» solemos entender algo así como *vida virtuosa*. Pues, en el sentido aristotélico, la felicidad cubre los dos campos semánticos.

¿Por qué hemos de aceptar un mundo en que el *virtuoso* sea necesariamente *infeliz*? Aquí encontramos el entronque de la ética con la política. Una sociedad aceptablemente justa es aquella en que la buena vida y la vida buena no son incompatibles. No es que aspiremos a un reino terrenal perfecto en que la virtud sea siempre recompensada. Es más, este tipo de maximalismos utópicos han traído históricamente más sufrimiento que justicia. Pero sí se pueden pedir, al menos, algunas reformas, para que cada cual pueda buscar su felicidad de modo íntegro, sin tener que elegir entre bienestar y virtud.

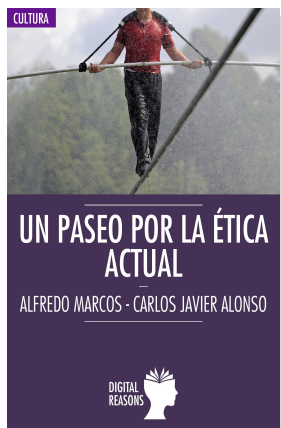
En el terreno político, por tanto, el aristotelismo se presenta como un *reformismo*. Huye tanto de los planteamientos utópicos, que tienden a sacrificar lo bueno presente en aras de lo mejor futuro, como del inmovilismo, que impide la crítica y el progreso. Pongamos un ejemplo, sobre el cual volveremos más extensamente en el capítulo 4. En cuanto a la política ambiental, esto podría traducirse hoy en una crítica prudencial de la tecnociencia, del estilo de la que ha puesto en pie Hans Jonas. Esta visión crítica de la tecnociencia desde la ética quizá decepcione, de un lado a científicos y tecnófilos, a los que piensan que el progreso humano consiste en el adelanto de la tecnociencia. Pero, de otro lado, el aristotelismo aplicado a la política ambiental invita a la aceptación y valoración positiva del progreso tecnocientífico, del bienestar y del saber que, mediante el mismo, se ha logrado, antes que a un rechazo frontal y utópico de la tecnociencia. Esto quizá decepcione al ecologismo más radical. Merece la pena, no obstante, mantener en mente ambas caras de la tecnociencia, y tratar de potenciar mediante reformas sensatas, su capacidad de progreso y minimizar su potencial para producir barbaridades.

Es imprescindible recordar ahora que la Tradición, según MacIntyre, es un estilo de pensamiento que empieza en Sócrates, tiene puntos de referencia cruciales en Aristóteles y en Tomás de Aquino, pero continúa viva, cambiante y vigente hasta nuestros días gracias a la obra de numerosos pensadores, entre los que se incluye el propio MacIntyre o Hans Jonas, principalmente. Tradición, por tanto, no es tradicionalismo —hijo reaccionario de la Ilustración—, no es un monolito inmóvil. En ella, los progresos surgen de la crítica de los predecesores y se demuestran tales en la medida en que trascienden las limitaciones y corrigen las deficiencias anteriores. En palabras de MacIntyre:

Así, Aristóteles entendió a sus predecesores como si constituyeran el prólogo de sus investigaciones; así, Agustín colaboró en evaluar y caracterizar tesis y argumentos fundamentales de Platón y Plotino; así, Tomás de Aquino proporcionó los recursos para integrar en una única historia a todos esos predecesores bíblicos, antiguos, patrísticos y medievales a cuya obra recurrió tanto constructiva como críticamente. (MacIntyre, 1990:193).

Así ha sucedido, en efecto. MacIntyre, con una puesta en escena casi teatral, traslada al lector al ambiente de la Universidad de París en el siglo XIII. El agustinismo, hasta entonces reinante, era puesto en cuestión por el redescubrimiento de Aristóteles. Una y otra corriente se combatían con energía, pero sin acabar de entenderse. Se había llegado a un callejón sin salida. Tomás de Aquino logró sacar a la Tradición de esa vía muerta con una síntesis original. Era uno de esos raros espíritus que superan los conflictos gracias a que habitan en la frontera entre los bandos enfrentados. Se había formado en el agusti-

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *Un paseo por la ética actual*, de Alfredo Marcos y Carlos Javier Alonso. El libro completo recorre la ética contemporánea en tres etapas: los mapas para orientarse, las bases desde las que construir una ética actual y los debates morales más presentes en nuestra vida cotidiana.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/un-paseo-por-la-etica-actual

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **Los mapas de la ética.** La distinción entre ética y moral, la cartografía estándar (deontologismo, utilitarismo y ética de las virtudes) y el mapa de MacIntyre: Tradición, Enciclopedia y Genealogía.
- **Bases para una ética actual.** Las bases antropológicas, ontológicas y epistemológicas, y la conclusión a favor de una ética de la virtud.
- **Técnica, género y dignidad.** El lugar de la técnica en la vida humana, la ideología de género y la dignidad, la autonomía y la dependencia.
- **Bioética, sostenibilidad y animales.** Las cuestiones clásicas de la bioética en su forma actual, la sostenibilidad, la cuestión animalista y un resumen conclusivo.

Con un epílogo de circunstancias y referencias bibliográficas.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-121209-2-9



Escanee para comprar